

Artículos / Articles

Entre la abnegación y la autonomía. Disposiciones de género en tensión en la experiencia de los vínculos amorosos heterosexuales / *Among Abnegation and Autonomy. Gender Dispositions in Tension in the Experience of Heterosexual Love Bonds*

***Concepción Castrillo Bustamante**

Grupo de Estudios Socioculturales Contemporáneos (GRESOCO). Instituto TRANSOC. Universidad Complutense de Madrid. España / *Spain*
mccastrillo@ucm.es

Recibido / *Received*: 22/12/2016

Aceptado / *Accepted*: 18/10/2017

RESUMEN

En este trabajo indagamos en las disposiciones de género que se despliegan en la experiencia de los vínculos amorosos heterosexuales. Para ello nos servimos de un material cualitativo basado en 31 entrevistas en profundidad a mujeres y hombres de entre 25 y 35 años, residentes en Madrid y con diferentes trayectorias de clase social. Comenzamos describiendo ciertas posiciones frecuentes y significativas en la interacción amorosa: la ambivalencia masculina y la búsqueda femenina de reconocimiento. Posteriormente profundizamos en las lógicas del aguante de la insatisfacción por parte de las mujeres. Este análisis nos conduce a la constatación de ciertas contradicciones entre los modelos amorosos e ideales de feminidad que se defienden discursivamente y los que ponen en práctica cotidianamente. Ello nos permite finalmente argumentar acerca de la tensión en las disposiciones femeninas en la experiencia del amor y la pareja heterosexual.

Palabras clave: Sociología de las emociones, Pareja, Desigualdad de género, Feminidades, Masculinidades.

ABSTRACT

In this paper we analyze the gender dispositions that unfold within the experience of heterosexual love. We use the qualitative material produced by 31 in-depth interviews with women and men between 25 and 35 years old, living in Madrid and with different social class trajectories. We begin by describing two frequent and significant positions in love interaction: masculine ambivalence and feminine quest for recognition. Later we delve into the logics of women's tendency to endure dissatisfaction. This analysis leads us to identify a contradiction between the loving models and the ideals of femininity discursively defended and those put into daily practice. We then discuss the tension in feminine dispositions in the experience of love and the couple.

Keywords: *Sociology of emotions, Couple, Gender inequality, Femininities, Masculinities.*

*Autor para correspondencia / *Corresponding author*: **Concepción Castrillo Bustamante**. Facultad de Ciencias Políticas y Sociología, Universidad Complutense de Madrid. Campus de Somosaguas, 28223. Pozuelo de Alarcón, Madrid

Sugerencia de cita / *Suggested citation*: Castrillo Bustamante, C. (2018). Entre la abnegación y la autonomía. Disposiciones de género en tensión en la experiencia de los vínculos amorosos heterosexuales. *Revista Española de Sociología*, 27 (3), 379-394

(Doi: <http://dx.doi.org/10.22325/fes/res.2018.18>)

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, la experiencia amorosa ha conocido importantes transformaciones que tienen que ver con las expectativas puestas en los vínculos afectivos y con la redefinición de los roles que los sustentan. Estos cambios se producen en el marco de un proceso estructural de “singularización”, caracterizado por la multiplicación de opciones vitales, que contrasta con la estandarización pasada (Martucelli, 2010). Este proceso afecta a la familia y a la formación de las parejas, basadas cada vez más en criterios individuales de afinidad y satisfacción emocional.

Las parejas jóvenes contemporáneas aspiran mayoritariamente a construir relaciones igualitarias en las que el componente expresivo cobra una importancia central. Sin embargo, el choque entre expectativas y realidades puede suponer una fuente de conflictos, ante la tensión entre la creciente deseabilidad social de igualdad y la persistencia de dinámicas que se alejan de la misma (Beck y Beck-Gernsheim, 1998; García Selgas y Casado Aparicio, 2010).

Existen patrones de desigualdad de género en la pareja que son en ocasiones difíciles de identificar por los propios agentes (Duncombe y Marsden, 1993; Jamieson, 1999), debido a que se constituyen en modos pre-reflexivos de experimentar y encarnar el amor. Las identidades de género y las formas en que se ponen en juego —también, o especialmente, en el ámbito de lo afectivo— ven limitada, si bien no aniquilada, su capacidad de configuración auto-reflexiva por ciertas propensiones arraigadas a pensar, sentir y actuar, es decir, por ciertas disposiciones que se actualizan en la práctica cotidiana (McNay, 1999).

En este artículo exploramos las disposiciones de género en el terreno amoroso que se ponen de manifiesto en determinadas tendencias a gestionar la insatisfacción emocional en la experiencia afectiva. Ello nos va a permitir cuestionar, o al menos matizar, los argumentos que enfatizan las dinámicas contemporáneas de reflexividad emocional, dinámicas que habrían conducido al establecimiento de relaciones democráticas en términos de género y donde la satisfacción de cada uno de sus miembros es la única

condición para su mantenimiento, como sugiere el concepto de “relación pura” (Giddens, 1995).

Partimos del análisis de posiciones masculinas y femeninas en el ámbito del reconocimiento hacia el otro/a para explorar posteriormente las lógicas del aguante femenino de la insatisfacción emocional y los componentes de género a los que remiten estas dinámicas. Este análisis es fundamental si tenemos en cuenta la frecuente neutralización del género en los discursos tanto sociales (Eldén, 2012) como biográficos (Casado, 2014) acerca de la cotidianidad de las parejas contemporáneas, y si consideramos que el campo del amor y los afectos no sólo está fuertemente influido por la configuración social de las relaciones de género, sino que es un ámbito de construcción cotidiana de estas relaciones.

METODOLOGÍA

En este trabajo nos servimos del material cualitativo producido en el contexto de una investigación más amplia sobre la experiencia del amor y la pareja de los adultos/as jóvenes en la ciudad de Madrid, concretamente, de 31 entrevistas en profundidad a 15 hombres y 16 mujeres de entre 25 y 35 años de edad¹. En ella se abordaron diferentes componentes de tal experiencia en los ámbitos práctico (prácticas de emparejamiento y estilos de vida en pareja), de construcción del sentido (repertorios culturales en torno al amor y la pareja) y del deseo (discursos en torno a las masculinidades y feminidades atractivas). Las emociones y la “gestión” de las mismas emergieron de forma transversal a todos los temas tratados. Elegimos la franja de edad mencionada para contar con jóvenes con experiencia práctica del emparejamiento y con vivencias tanto de enamoramiento como de desamor y rupturas.

1 Dicha investigación se corresponde con mi tesis doctoral, desarrollada en el Departamento de Sociología I de la Universidad Complutense de Madrid y financiada gracias al programa de Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. El trabajo de campo se realizó entre abril de 2013 y febrero de 2014.

La gran mayoría de entrevistados son personas no casadas y sin hijos, sin embargo, debido a que la media de edad al matrimonio en el momento de realización del trabajo de campo era, según datos del INE (2013), de 34,3 años para los hombres y de 32,1 para las mujeres, y nuestros entrevistados abarcan hasta los 35 años, incluimos algunas personas casadas para no sesgar la muestra hacia aquellos con trayectorias menos tradicionales. En concreto, tres hombres (uno de ellos, padre de un hijo) y dos mujeres. Es preciso tener en cuenta que las entrevistas no se limitaron a la descripción de la situación de pareja actual, sino que abarcaron toda la experiencia amorosa, presente y pasada, y las interpretaciones de la misma. Por lo tanto, incluso entre personas con situaciones de emparejamiento diferentes en el momento de la entrevista se pudieron rastrear similitudes en vivencias pasadas.

La muestra de personas entrevistadas se divide en cuatro trayectorias de clase social, definidas como sigue:

Trayectoria 1: Familias de origen con niveles medios y medios altos de capital económico, y altos de capital cultural: padre —o padre y madre— con estudios universitarios y pertenecientes a las siguientes categorías profesionales: empresarios medianos y grandes, profesionales liberales, funcionarios de carrera, ejecutivos de empresa. Los entrevistados son licenciados, post-graduados o estudiantes universitarios que, en caso de haber terminado sus estudios, hayan trabajado al menos dos años en su sector.

Trayectoria 2: La posición de destino es la misma que la de los jóvenes de la trayectoria número 1, pero difieren en su clase social de origen. En este caso se trata de familias con niveles medios de capital económico y medios-bajos de capital cultural, cuyos padres no tienen estudios universitarios y pertenecen a las siguientes categorías profesionales: asalariados no manuales, funcionarios y pequeños empresarios no agrarios sin empleados.

Trayectoria 3: Los entrevistados/as tienen niveles medios de capital cultural —FP II, ciclos formativos de grado superior o diplomatura universitaria—, en situación laboral estable o precaria y

proceden de familias de clases populares, con niveles bajos de capital económico y cultural: trabajadores cualificados o no cualificados de la industria y los servicios, y personal administrativo de baja cualificación.

Trayectoria 4: La clase social de origen es similar a la de los jóvenes de la trayectoria anterior pero los niveles de capital cultural de los entrevistados/as son más bajos: tienen estudios obligatorios, secundarios, FP I o ciclos formativos de grado medio. Su situación laboral es en su gran mayoría inestable y precaria.

De forma general, podemos considerar que las dos primeras trayectorias pertenecen a las clases medias y las dos segundas a las clases populares, si bien algunos jóvenes de la trayectoria 3 actualmente tienen posiciones económicas de clase media y algunos jóvenes de las trayectorias 1 y 2 sufren también la precariedad e inestabilidad laboral consecuencia de la crisis económica de esta última década.

Elegimos incluir la clase social en nuestro análisis queriendo evitar la tendencia a conceptualizar de forma a-problemática la “juventud” que lleva a ignorar las muy diversas situaciones y posiciones que se incluyen en esta categoría (Martín Criado, 1998b). Para ello, nos inspiramos en el conjunto de la obra de Pierre Bourdieu, atendiendo por lo tanto a las trayectorias que configuran los recorridos biográficos de los agentes y a la intersección de diferentes tipos de capitales en sus posiciones de clase. Nos interesa especialmente la combinación entre capital económico y cultural, por la influencia que ello puede tener en las representaciones sociales sobre el amor y la pareja y en la encarnación de estas representaciones, partiendo de la hipótesis según la cual la combinación de género y clase social puede configurar diferentes tendencias y disposiciones amorosas.

Partimos de una perspectiva que entiende los discursos como prácticas y, por lo tanto, en el análisis de los mismos tenemos en cuenta no sólo el contexto social de su producción, referido a los grupos de referencia de los entrevistados, sino también la propia interacción durante la entrevista. Además, nos interesan los aspectos latentes y las contradicciones en los relatos, pues remiten a

“legitimidades en conflicto” (Martín Criado, 2014) en torno a los temas tratados. Por otra parte, nos interesan las interpretaciones que emergen de forma menos explícita y justificada, pues ellas nos permiten acceder a aspectos más pre-reflexivos de la experiencia.

LA AMBIVALENCIA EN EL RECONOCIMIENTO

Establecer una relación de pareja supone un tipo de reconocimiento recíproco. Implica ser reconocido como objeto de deseo, (García García y Casado Aparicio, 2008), de consideración y de cuidado y como agente importante en la vida del otro, en sus decisiones, planes y organización biográfica. Sin embargo, el establecimiento de ese reconocimiento y el mantenimiento del mismo no es un proceso lineal y carente de conflictos. En el generar una definición del “nosotros” a partir de dos individualidades, y en el construir un sentido de pertenencia hacia el vínculo, hay fricciones que muestran desigualdades de género. Estas tensiones aparecen en cualquier momento de la temporalidad de la pareja, pero son típicas en los comienzos o potenciales comienzos de las mismas, cuando la definición de lo que está en juego no es clara. Esto se hace especialmente significativo en un contexto en el que ciertos modelos tradicionales de emparejamiento y de vivencia de los vínculos están en continuo cuestionamiento, y en el marco de una redefinición de los roles de género en las experiencias afectivas —una vez quebrada la hegemonía de la división funcionalista de roles—. Estos procesos se ven acompañados de la transformación de los códigos que marcan la interacción amorosa en sus comienzos, en una dinámica de “desregulación de los encuentros románticos” (Illouz, 2012: 73).

Esta privatización de los comportamientos, si bien va de la mano de cierto desajuste de las prácticas con respecto a los modelos tradicionales, no implica en absoluto el vaciamiento o la desaparición del género en la interacción, sino cierta redefinición del mismo. En este sentido, el trabajo de campo que sirve como base a este artículo muestra determinadas posiciones mas-

culinas y femeninas que conforman un escenario de interacción muy frecuente sobre el que nos interesa indagar².

Dentro de este escenario, la posición masculina se corresponde significativamente con una mayor defensa de la propia autonomía³ lo cual tiende a materializarse en una implicación ambivalente con el vínculo, especialmente en los comienzos o potenciales comienzos de la relación amorosa. Encontramos un ejemplo de tal dinámica en el siguiente fragmento:

Durante el primer año tuvimos una relación de vernos mínimo dos, tres días por semana, y aún así yo me iba a veces con mis colegas y me enrollaba con otra tía. No habíamos hablado nunca, de, ‘ah pues somos novios’ ni nada parecido (...) Yo estoy con ella y estoy muy bien, estoy sin ella y estoy muy bien, y planifico mi vida libre sin que ella sea mi prioridad.

E: Y ¿ha habido conflicto?

A: No ha habido conflicto. Al principio pensé que, hombre, esto habrá que hablarlo y... y no hemos hablado. Yo, por mi parte, pues lo he dejado, he huido un poco, la verdad de... Pero me sentía en la obligación por una parte de hablarlo y dejar las cosas fijas o claras. Pero luego nunca lo he hecho.” (Hombre, 33 años, trayectoria 1).

La posición ambivalente masculina tiende a establecer una serie de límites que generan una definición tácita del vínculo y de lo que se

2 Este escenario que vamos a analizar no es, evidentemente, el único que podemos encontrar en las relaciones de pareja contemporáneas. Sin embargo, consideramos que su análisis es relevante debido a la frecuencia con la que aparece en la investigación conducida y porque permite esclarecer determinadas dinámicas que actualizan el género en la experiencia de los afectos.

3 Lasén y Casado (2012) utilizan los conceptos «yo fortaleza» y «yo relacional» para caracterizar las posiciones masculina y femenina respectivamente. Sin embargo, tal y como ellas mismas nos recuerdan, hablar de posiciones masculinas y femeninas no significa argumentar que las primeras sólo puedan estar encarnadas por hombres y las segundas por mujeres, aunque ésta sea la situación paradigmática. Para profundizar en las tensiones entre modelos de género y encarnaciones prácticas de los mismos véase Goffman (1977), Connell (1987), García García y Casado Aparicio (2008).

puede esperar del mismo. En el anterior ejemplo, la ambigüedad es propiciada por la indefinición de la relación, pero esta indefinición se experimenta con comodidad, ya que permite mantener la propia autonomía en diferentes ámbitos. Se está marcando un espacio propio a defender, sin embargo, ese marcaje no se hace manifiesto. Por el contrario, se “huye un poco” porque hacer explícitos los límites puede implicar entrar en un espacio de conflicto y poner en peligro un vínculo que, por otro lado, otorga reconocimiento y satisfacciones.

En el anterior fragmento observamos una defensa tácita de la legitimidad del propio criterio, la expresión de cierta “ética post-moral” en las relaciones (Bawin-Legros, 2004: 242) combinada con el protagonismo de la comunicación. Lo que no es explícito, sino ambiguo, no adquiere un reconocimiento tal como para marcar guías a la conducta, al menos desde la posición masculina del “yo autónomo”. Precisamente porque no hay roles perfectamente asignados a los géneros —es decir cuando las conductas están menos codificadas en términos tradicionales—, la comunicación adquiere centralidad. Pero las prácticas de comunicación (y su ausencia) no son neutras, sino que están marcadas por resistencias y juegos de poder.

De hecho, la posición ambivalente masculina pasa precisamente por resistirse a la implicación afectiva o al abrirse emocionalmente que viene de la posición femenina, demandante de comunicación (Casado, 2014). Tal apertura emocional es justamente un modo de generar una intimidad que construye un “nosotros”, definición que en este marco de interacción, la otra parte se resiste a reconocer:

Yo no me abriría tan rápido, pero no es porque crea que está mal abrirse tan rápido pero... no sé, es complicado. Es complicado porque por un lado yo decía que me agobiaba, pero por otro lado estaba a gusto. Pero supongo que es eso, miedo también a verme como en una dinámica de la que me pueda quejar. No sé, supongo que es cómodo para mí: querer to... como tener sólo esos momentos. Me pasa lo mismo que con A*: que sólo nos vemos cuando yo quiero, que sólo estás para cuando... te conviene. (Hombre, 27 años, trayectoria 1).

Esta ambigüedad en el discurso sobre los propios afectos se hace patente de una forma muy marcada en una dinámica que Bourdieu (2007: 533) denomina “resistencia a la objetivación”, cuando la enunciación de prácticas y la explicitación de la propia postura se sustituyen durante la entrevista por autoanálisis muy elaborados sobre los sentimientos y sobre el propio yo. En este caso, esta tendencia se ve favorecida por los recursos culturales de este estudiante procedente de una familia de políticos e intelectuales, y tal como su relato deja entrever, se manifiesta también en sus interacciones amorosas, ya que aplica en sus conversaciones con sus parejas un auto-análisis igualmente ambiguo. Es decir, frente al poder democratizador que autores como Giddens (1995) otorgan a la comunicación emocional, ésta no es indiferente al género. Por el contrario, sirve en ocasiones para apuntalar formas de desigualdad más sutiles que las que predominaban en contextos tradicionales⁴.

Estas pugnas en torno al reconocimiento no aparecen exclusivamente en los momentos iniciales de las relaciones, sino que con frecuencia se constituyen en inercias en las que se instala una desigualdad que puede prolongarse durante años:

I: Era siempre la misma conversación. Así pero durante horas: ‘Tío, necesito que estés más encima de mí’, ‘tía yo soy así’ (...) Estaba muy muy agobiado y ahora estoy mucho más relajado (...) Conmigo puedes estar muy a gusto, y yo lo voy a dar todo por la otra persona, pero tienes que estar tirando de mí, porque

4 Encontramos indicios que apuntan a que entre los hombres de clases medias con mayores recursos culturales, el manejo comunicativo en torno a los discursos sobre el «yo» y sobre los vínculos afectivos otorga un cariz específico a este despliegue de la posición masculina que venimos analizando, el cual tiene que ver con el ejercicio del poder a través del discurso. Este poder puede cuestionarse, pero también actualizarse, cuando desde la posición femenina se aceptan y/o debaten estas interpretaciones, entrando en un juego comunicativo que permite el mantenimiento de la relación asimétrica y su auto-reflexividad. Sobre esta dinámica, que apunta a ciertas diferencias de clase en la dominación de género dentro de la pareja heterosexual, es necesaria una indagación más exhaustiva.

yo no estoy muy muy pendiente, sabes, me tienes que estar llamando, que no soy yo el que llama.

E: Y ¿ella se quejaba de eso?

I: Sí, mucho, pero es que son 4 años con lo mismo, sabes. Si estás conmigo es porque sabes que soy así. (Hombre, 26 años, trayectoria 4).

Aquí vemos de nuevo y de un modo más explícito—desde una posición de clases populares, con un menor manejo de lo políticamente correcto ante la entrevistadora— la posición del “yo fortaleza” estableciendo una serie de límites sobre lo que se puede esperar de él en el vínculo afectivo. Y por otro lado, un “yo relacional” que busca modificar esos límites para conseguir mayor implicación por parte del otro. Pero en esa disputa, se encuentra con la incomodidad del “yo autónomo” ante sus demandas, (“estaba muy agobiado, ahora estoy mucho más relajado”) y con la auto-afirmación de la postura propia (“yo soy así”). A través de estas situaciones, las mujeres se convierten frecuentemente en las sostenedoras de sus vínculos, en una inercia en la que la posición femenina pide y la masculina no concede, pero tampoco abandona del todo.

En este tipo de interacciones se ponen de manifiesto micro-relaciones de poder sostenidas en la vida cotidiana, que frecuentemente no se visibilizan como tal y por lo tanto no se cuestionan y que, a través de la negación de intimidad y de reconocimiento, definen la realidad de las relaciones. Pueden por lo tanto considerarse una forma de micro-machismos tal y como éstos son definidos por Bonino (1996).

En los relatos de las mujeres también aparecen frecuentes alusiones a este escenario en el que el vínculo está marcado por la implicación ambivalente del hombre y por la reivindicación más o menos explícita de reconocimiento por parte de ellas. Desde la posición femenina, esta ambivalencia es vivida a menudo con incomodidad y desasosiego:

Él podía apagar el móvil y desaparecer, a lo largo de estos dos años yo sé que él tuvo eh... bueno, líos con otras personas y sobre todo, pues era por eso, en el momento que yo planteaba que no me parecía justo, pues como que él se enfadaba y... y como que decía que no podía ser, que no me tenía que dar ninguna explicación y luego, al poco tiempo

volvía a llamarme y yo volvía otra vez a quedar con él. (Mujer, 30 años, trayectoria 2).

La incomodidad de las mujeres en este escenario puede hacerse explícita, posibilitando el conflicto. Pero tal conflicto no implica necesariamente un movimiento de las diferentes posiciones. Al contrario, puede suponer una oportunidad del “yo fortaleza” para defender la legitimidad de su postura marcando de nuevo los límites de su territorio. De hecho, a través del enfado y de ese “no tener que dar ninguna explicación” que relata la anterior entrevistada, se niega explícitamente el derecho para pedir las, negando así nuevamente el reconocimiento al vínculo y a la otra parte implicada en el mismo.

Sin embargo, las incomodidades no siempre se hacen explícitas. Frecuentemente las mujeres inhiben la expresión de la propia insatisfacción emocional precisamente para evitar la confrontación y los riesgos que ésta conlleva:

Cuando estás ahí teniendo una relación casi diaria, ya con tintes de comprometerse y de repente, tú estás en el mejor momento y te dice que se va un mes... estás sabiendo que lo puede hacer, pero tienes ganas de decirle que es un puto egoísta porque no está contando contigo, o que te puedes sentir defraudada. Y esas cosas pues no me atrevía a hablarlas, me las callaba. O a lo mejor me enterraba que se había follado a una tía. Obviamente no había... no estábamos saliendo. Eso se puede hacer, pero una cosa es que se pueda hacer y otra cosa es que sea bonito o feo, o que a mí no me genere una serie de emociones, que soy libre de comunicar. Pues no me atrevía a comunicarlo. (Mujer, 27 años, trayectoria 1).

Frecuentemente las mujeres muestran frustración, desilusión y tristeza ante estas situaciones. Sin embargo, manifestar la propia decepción o enfado fuerza ciertas tomas de posición más explícitas y abre la posibilidad a la pérdida. Es habitual que desde la posición femenina se intente evitar esta confrontación, ante el temor a resultar demasiado demandante o a mostrar un interés excesivo y a poner en peligro de esta manera el vínculo, traicionando además ante una misma cierta imagen de mujer independiente (Casado, 2014).

Esta inhibición se ve favorecida por la falta de codificación, típica de los comienzos de las relaciones de pareja contemporáneas, que genera ciertas tensiones en lo que se entiende como legítimo o no a propósito de las prácticas, en una dinámica que refuerza el marco de supuesta neutralidad de género en la interacción amorosa entre individuos “libres” e “iguales” (Illouz, 2012). Lo que aquí se pone de manifiesto, por contraste con la posición defensiva del yo y de la propia autonomía, es una protección del vínculo con el otro, que en su puesta en práctica conlleva cierta auto-responsabilización, auto-coacción y disciplina en la gestión de las propias emociones.

Los afectos están necesariamente mediados por el cuerpo y las emociones. Esto hace a los individuos vulnerables frente a los actos y las omisiones de aquél con quien se implican afectivamente, y al mismo tiempo, les otorga cierta capacidad para vulnerar. Existen diferentes maneras de gestionar esa vulnerabilidad, inercias que construyen cotidianamente género en la experiencia amorosa. La posición masculina es con frecuencia defensora de sus “territorios del yo” (Goffman, (1991: 176), se resiste a otorgar reconocimiento como modo de negar su dependencia y de proteger su individualidad, y de esta forma, se protege también de la vulnerabilidad. Sin embargo, muy a menudo, tal postura no implica renunciar por completo al reconocimiento y al sostén afectivo que la otra parte otorga, sino instalarse en una ambivalencia que resulta satisfactoria mientras desde el otro lado se acepten tácitamente los límites demarcados. Por su parte, la postura femenina tiende a priorizar la relación, a otorgar protagonismo al otro y al vínculo a través de su presencia y disponibilidad. Cede en mayor medida territorios propios en favor de la búsqueda del “nosotros”, en una disposición más relacional a través de la que queda más expuesta y más vulnerable⁵.

5 María Jesús Izquierdo (2007: 17) apunta que en un orden social patriarcal esa disposición femenina al cuidado de sus relaciones se basa en la dependencia de la aprobación y constituye a su vez una demanda implícita de amor. En una línea similar, Jean Baker Miller (1992) señala que la identidad femenina se construye fundamentalmente a través del establecimiento y cuidado de vínculos significativos con otros. Para una revisión de las principales teorías psicológicas y psicoanalíticas en torno al componente relacional de la subjetividad femenina véase Esteban y Távora (2008).

LAS LÓGICAS DEL AGUANTE

Para que el marco que rige este tipo de interacción se mantenga, la posición femenina debe estar dispuesta a aceptarlo y desenvolverse en él —“al poco tiempo volvía a llamarme y yo volvía otra vez a quedar con él”— aunque, como ya hemos visto, esta aceptación se acompañe de intentos más o menos frecuentes por redefinirlo y ampliar sus límites. El trabajo de campo conducido pone de manifiesto una llamativa frecuencia de estas situaciones en que las mujeres jóvenes hablan de insatisfacción e incluso de sufrimiento debido a la falta de reconocimiento de sus parejas —traducida en ambivalencia y falta de cuidados— y en las que, sin embargo, permanecen implicadas durante largos periodos de tiempo. ¿Cuál es el sentido de este “empeño”? Para responder a esta pregunta debemos acudir a las advertencias sobre la artificialidad de la separación tradicional del pensamiento occidental entre razón y emoción (Hochschild, 2008; Lutz, 1998). Para las mujeres entrevistadas, continuar con sus parejas no responde a la irracionalidad, impulsividad y suspensión del juicio que popularmente se atribuyen al sentimiento amoroso, sino que implica un sentido que se hace comprensible si lo analizamos de acuerdo a sus situaciones y emociones. Ese sentido es “razonable” —en sus contextos, y no en virtud de una supuesta razón universal— y emocional al mismo tiempo. En este apartado nos proponemos explorar los motivos que se dan las propias mujeres entrevistadas para permanecer en estas relaciones, que ellas mismas describen como frustrantes e insatisfactorias, con el objetivo de indagar en las lógicas del aguante en las relaciones de pareja heterosexuales, lógicas que son simultáneamente prácticas y afectivas.

La idealización de estilos de vida y atributos de género-clase

Una primera serie dentro de las explicaciones que las mujeres conceden a sus propias experiencias de “aguante” tiene que ver con las características del otro: la pareja o expareja tiene unos atributos que hacen que las situaciones de sufrimiento “compensen”. Tal como García García y Casado Aparicio (2008) apuntan, para que el reconocimiento tenga

valor, es necesario que parta de otro a su vez reconocido como valioso. Pues bien, en esa valoración podemos rastrear los componentes sociológicos del deseo y la idealización amorosa:

A: Cuando de repente se le cruzaba el cable y no quería contacto pues no quería contacto, y yo lo aceptaba. Ha sido duro (...) Me compensa todo lo que he sufrido porque lo que me aporta es infinitamente mayor y mejor.

E: ¿Y qué es lo que te aporta?

A: Pues somos como dos personas que aún estando en la ciudad y en medio de todo esto, siguen leyendo a Edipo Rey, Medea y viendo películas de Pasolini.(...) Gracias a él escribo lo que escribo, porque me ha exigido un huevo, sé un montón de filosofía, he conseguido publicar artículos en revistas culturales importantes y sobre todo crecimiento, crecimiento... (Mujer, 27 años, trayectoria 1).

La anterior entrevistada reflexiona espontáneamente sobre lo que ella misma denomina sufrimiento en su actual relación. Y en la explicación de su “aguante” encontramos la valoración del capital simbólico asociado a los atributos de clase —especialmente de un determinado tipo de capital cultural— y de género de su pareja. Lo que aquí se pone en valor son rasgos de un estilo de vida determinado y de una posición social precisa: de clase media, intelectual, urbana. Y al mismo tiempo, de una masculinidad cercana a su ideal hegemónico (Connell, 1987): admirable, brillante, independiente, y que implica superioridad intelectual percibida sobre sí misma. La creación de un cierto estilo de vida compartido a través del acceso a los capitales que el otro otorga se convierte en un elemento suficientemente potente como para aguantar otros sufrimientos, especialmente si, desde un lugar que implícitamente se interpreta como superior, el otro “aporta” y “completa”.

Esta valoración de los atributos de género-clase en la pareja como componente sociológico de la idealización amorosa aparece en los relatos de mujeres de diferentes trayectorias de clase, si bien el contenido de lo valorado varía:

E: ¿Y por qué crees que seguías con él?

S: Sí... bueno, seguía con él porque para mí era un chico que se desenvolvía muy bien en todo ¿sa-

bes? O sea, me gustaba, porque para mí era el mejor. Era un chico que yo qué sé, lo mismo le daba por hacer esto... Y todo lo hacía bien. Era muy lanzao a hacer las cosas. Para mí era el chico perfecto. Sabía ponerte un enchufe, como no sé qué,, me gustaba mucho también cómo conducía, que tú vas a decir que es una tontería, pero le encantaba. O sea él quería ser piloto de rally y eso, él me enseñó a conducir a mí también. (Mujer, 25 años, trayectoria 4).

En esta explicación, de nuevo se alude a las características del otro, y de nuevo se observa cierta idealización: él era “el mejor”, “el chico perfecto”. Los rasgos valorados desde esta posición no se corresponden con ese apego a la cultura y a la intelectualidad que mostraba el caso anterior, sin embargo ambos relatos tienen algo en común: el hecho de señalar como admirables rasgos asociados a lo masculino, en este caso, la disposición activa y hábil: “se desenvolvía muy bien”, “era muy lanzao” y “todo lo hacía bien”. Aunque los atributos aquí descritos tengan menos que ver con la reflexión filosófica y más con la destreza práctica, la admiración que relata esta entrevistada tiene claros marcadores de género: su ex pareja hace bien lo que se supone que los hombres de su posición social tienen que hacer bien: ser hábil y resolutivo en la cotidianidad.

A través de los anteriores fragmentos observamos cómo en el deseo femenino heterosexual se pone frecuentemente en juego el apego a una masculinidad que, con diferentes componentes de clase, remite a un ideal de autonomía, habilidad, control y “superioridad”. El fuerte componente simbólico de estos diferentes modelos implica en ocasiones que la relación de pareja con un hombre así percibido se viva como el acceso a algo que el otro concede —sea en el ámbito de lo intelectual o de la destreza práctica: “gracias a él escribo lo que escribo”, “él me enseñó a conducir”—. Y este acceso es una de las explicaciones que las mujeres se otorgan para mantener relaciones muy asimétricas, definidas y delimitadas desde la posición masculina, en una dinámica que podría caracterizarse como “dominación simbólica” (Bourdieu, 2000): una dominación en la que el dominado es cómplice involuntario del dominador, basada en el afecto y la adhesión corporal, que en este caso implican el

enamoramamiento y el deseo, e inconsciente de las dinámicas estructurales en las que se inscribe.

El amor como promesa de salvación y fuente de identidad

Existe otra serie de explicaciones que las mujeres se otorgan a sí mismas sobre su aguante de la insatisfacción que tienen que ver menos con los rasgos atribuidos a la pareja y más con el hecho mismo de estar emparejada, con lo que se siente que la experiencia del amor aporta. La narrativa amorosa constituye un relato cultural fuertemente codificado que lleva implícita una promesa de salvación (Jackson, 1993) y de huida de los aspectos prosaicos, rutinarios y mundanos de la experiencia ordinaria. En este sentido, ya el mismo Max Weber (1972), al hilo de su teoría sobre el avance de la racionalización de las sociedades modernas, apuntó al amor erotizado como una de las “esferas de valores” que entran en competencia con la religión como fuente de sentido de la experiencia en un mundo crecientemente desencantado. Este argumento es recogido por otros autores que han analizado el amor en las sociedades contemporáneas y que identifican en la vivencia subjetiva del mismo el acercamiento a lo sagrado que otros ámbitos de las sociedades modernas secularizadas no pueden proporcionar (Beck y Beck-Gernsheim, 1998; Gross, 2005; Illouz, 2009)⁶. Esta construcción del sentido vital a través de la experiencia de los afectos amorosos y de las expectativas e ilusiones depositadas en él se hace más patente en la posición femenina, en la medida en que los modelos que enmarcan tal posición se construyen desde la primacía de los vínculos, por contraste con la autonomía que define el patrón hegemónico de masculinidad (García Selgas y Casado Aparicio, 2010: 122; Hernando, 2012). Por otra parte, en situaciones de especial precariedad de la vida, como

las que viven las mujeres jóvenes de los sectores más bajos de las clases populares, es razonable que tal vía de escape de lo rutinario se experimente de forma más intensa como una necesidad, tal como muestra el siguiente fragmento:

Como que me agarré a él como un clavo ardiendo ¿me entiendes? Que dije, necesito... una salida (...) Tenía este chico al lao que, bueno más o menos te hace feliz, sólo verle y estar con él, pues ya eres feliz. Y de repente te quedas sin trabajo, te quedas sin casa, te quedas sin él, vuelves otra vez a todo el infierno que era antes, por así decirlo y... Sin ilusiones, porque antes tenías una ilusión, ahora ya... como que vacía ¿no? como que triste, que ya, no sé... No tienes esas ganas de vivir que tenías antes. Como diciendo, vale, y ahora estoy contigo pero y si el día de mañana te vas, yo vuelvo a la misma mierda de siempre. Es como un poco... como si viera en ellos una salida (...) Como que te lleve a otro mundo ¿sabes? A otro sitio. Pero claro, sabes que si se acaba eso se acabó todo. (Mujer, 25 años, trayectoria 4).

Las vivencias de algunas de las entrevistadas en una posición social más dominada nos proporciona indicios de que la precariedad económica y la subjetividad relacional pueden combinarse creando formas específicas de vulnerabilidad en el terreno amoroso. En estos casos, la pareja puede experimentarse (en el plano emocional) como un modo de dar valor al propio proyecto biográfico y al mismo tiempo, como solución (en el plano práctico) a la precariedad, ya que puede implicar arreglos (de vivienda, económicos, etc.) urgentes las situaciones de necesidad material, como en el caso de la anterior entrevistada. Aquí se pone de manifiesto una específica combinación de las dependencias materiales y emocionales que se interrelacionan en los vínculos afectivos (García Selgas y Casado Aparicio, 2010) sobre la que es necesario continuar profundizando por su especial conexión con la dominación de clase-género.

Existen otros elementos dentro de lo que las mujeres sienten que estar en pareja les otorga más allá de esta “vía de escape”. Estos elementos tienen que ver con la propia identidad y reconocimiento social. Frecuentemente, abandonar una pareja no supone simplemente abandonar a una

6 Desde una perspectiva crítica, Esteban, Medina y Távora (2005) consideran que el amor romántico y su institucionalización en el matrimonio, de la mano de cierta secularización y erosión de los lazos comunitarios, contribuyen a la privatización del sentido de pertenencia en la Modernidad.

persona, sino una especie de “estatus alcanzado”, el sentimiento de ser una mujer adulta, que “ya” ha logrado la formación de una pareja estable. En esta línea se expresa una nueva entrevistada cuando explica su permanencia en una relación de pareja que le hacía infeliz según su propio relato:

L: Quería..., tenía ganas de ser adulta, vivir sola, independiente..., tener una pareja de verdad. (Mujer, 26 años, trayectoria 3).

Los datos cuantitativos muestran que es más frecuente entre las mujeres que entre los hombres jóvenes el hecho de encadenar la salida del hogar familiar de origen con la convivencia en pareja⁷. Lo que en términos objetivos es una vinculación afectiva —más o menos institucionalizada— más precoz que entre los varones, en términos subjetivos es también relevante, ya que tal como vemos, para la identidad femenina la pareja ocupa un lugar central, un sentido de proyecto biográfico propio al que resulta muy doloroso renunciar. Parece existir en este sentido una especie de evolucionismo incorporado sobre las etapas que una mujer ha de cumplir para ser reconocida como tal y una identificación

de la “transición a la vida adulta” con la formación de la pareja:

E: Y ¿qué es lo que más te hizo sufrir cuando lo dejasteis? ¿Qué...?

S: Sí, haber perdido... yo qué sé. Que ya no eres una niña de papá y mamá, que ya estás con una pareja y que ya... pues vas pa' adelante, que ya todo lo que hagáis lo hagáis juntos, que ya tengas una persona ahí, un apoyo. Fue como que... bueno ya estamos aquí en un piso y ya, de repente, otra vez no hay nada. (Mujer, 25 años, trayectoria 4).

Significativamente, las mujeres que presentan este tipo de discursos se encuentran entre las más jóvenes de la muestra, alrededor de los 25 años. Ello sugiere que quizás estas interpretaciones son más frecuentes entre aquellas jóvenes que están experimentando de una manera más intensa la transición a la vida adulta e independiente, con los anhelos que ello conlleva, pero cuya transición y cuyo proyecto aún no se ha completado, lo cual hace más intenso el deseo de hacer evidente esa nueva condición a través de ciertos “marcadores”, como puede ser la formación de una pareja estable.

Por otra parte, los datos cuantitativos muestran que las mujeres de niveles educativos más bajos inician parejas con convivencia significativamente antes⁸. Por lo tanto, es probable que en estos grupos de edad más jóvenes dentro de la muestra, las mujeres de clases populares vivan la ausencia de una relación como una carencia en mayor medida que las universitarias, cuyas transiciones a la vida en pareja son más tardías.

La auto-responsabilización y el trabajo emocional como solución a los problemas

En los relatos de las entrevistadas encontramos un nuevo elemento que arroja luz sobre las lógicas del aguante femenino de la insatisfacción emocional y que se corresponde con una cierta asunción de

7 Según el Informe sobre la Juventud en España 2012, la edad a la que el 50 % de las mujeres jóvenes conviven en pareja es tres años menor que en el caso de los varones (28 frente a 31) y ellas viven solas en menor medida que ellos (1,6 % frente a 3,5 % para el grupo de edad entre 18 y 29 años). Los datos del mismo informe en 2008 ya mostraban que, a los 29 años, el porcentaje de mujeres que convive con su pareja es entre un 10 y un 20 % mayor en todos los grupos de nivel de estudios. Más significativo aún es que según este mismo informe, la formación del propio hogar o familia es el principal motivo por el que se deja de convivir con los padres para un 22 % de las mujeres, mientras que este porcentaje es de un 13 % en los hombres. Los datos de Eurostat relativos a 2010 señalan una tendencia similar: tras abandonar el hogar de la familia de origen, los hombres pasan 2,6 años viviendo independientemente antes de establecer una unión con convivencia, mientras que para las mujeres sólo transcurren 9 meses de media. Si atendemos a la evolución de esta tendencia, el Informe sobre la Juventud en España de 2016 muestra que el porcentaje de mujeres emancipadas viviendo en pareja era del 68 % frente al 45,7 % de los hombres en 2008, y una diferencia similar se mantiene en 2016, con un 62 y un 44 % respectivamente.

8 Según el Informe de la Juventud en España de 2008, a los 25 años, más de un 55 % de las mujeres con niveles de estudios más bajos conviven en pareja, mientras que este porcentaje no alcanza el 30 % para aquéllas con un nivel de estudios más alto.

que, con “trabajo”, es decir, adquiriendo en primera persona una actitud de esfuerzo, las cosas pueden cambiar. Efectivamente, en la pareja heterosexual se puede identificar una división de género del trabajo relacionado con la creación de intimidad y de “gestión” de los asuntos emocionales, tareas muy frecuentemente feminizadas (Duncombe y Marsden, 1993). Las mujeres tienden a responsabilizarse de la vida emocional de la relación de pareja, y esto, en ocasiones, les coloca en una posición de mayor vulnerabilidad, como cuando se sustituye el enfado o la expresión de las propias necesidades por una cierta actitud terapéutica:

Yo forzaba esas conversaciones porque quería saber cómo estaba él. Yo le veía sin hacer nada y por una parte me enfadaba, pero por otra pensaba: ‘Joe, igual está súper jorobado por dentro’. Le decía: ‘¿Pero anímicamente te sientes bien?’ (...) Pero claro ya era un poco... buscándolo. (Mujer, 26 años, trayectoria 3).

En ocasiones, las mujeres “usan” la tradicional especialización femenina en los asuntos relativos a los afectos y las emociones para intentar conseguir algo (una mayor implicación por parte de la pareja) que se les resiste:

E: ¿Qué era lo que te hacía sentir así tan triste?

L: Supongo que el haber pensado que tal vez que yo podía cambiarle y ver que no había conseguido nada (...) Me imagino que fue un poco la desilusión y la decepción, en plan: ‘Joe, todo lo que he hecho... y no he hecho nada’ (Mujer, 26 años, trayectoria 3).

En el relato que la anterior entrevistada construye sobre su relación ya pasada no hay sumisión, ni una mera esperanza en que las cosas irán mejor con el tiempo, sino un papel protagonista para intentar conseguir un cambio en la relación. Cuando las cosas no van bien en la pareja y la “promesa de felicidad” que el amor implica parece amenazada, o ante la implicación ambivalente de la otra parte, una actitud común en las mujeres es no darse por vencida, y como las heroínas de las novelas románticas, asumir el rol de luchadora que finalmente vencerá:

E: Entonces tú dices que al principio te enfadaste y no quisiste saber nada de él y luego volviste porque...

B: Porque era gilipollas (ríe). Sí, porque no tiene otro sentido (...) En vez de ver todas las cosas malas y la mentira y todo eso, pues dije, pues tengo X tiempo hasta que se vuelva para convencerle de que se tiene que quedar aquí conmigo, de que es mejor esto. Pero no lo conseguí (ríe). (Mujer, 29 años, trayectoria 2).

DISPOSICIONES FEMENINAS EN TENSIÓN EN LA EXPERIENCIA AMOROSA⁹

Tal como Ann Swidler (2001) ha argumentado, los individuos en las sociedades occidentales contemporáneas manejan diferentes “repertorios culturales” a través de los que interpretan su experiencia amorosa, y son capaces de poner en juego elementos de estos diferentes repertorios combinándolos y usándolos de manera creativa. Siguiendo la categorización de tales repertorios llevada a cabo por esta misma autora, podemos decir que los discursos mayoritarios sobre el ser y el deber ser de las relaciones afectivas entre las jóvenes entrevistadas se acercan a la visión “prosaico-realista” del amor (Swidler, 2001: 114), que enfatiza rasgos como el cuidado mutuo, el cariño, el conocimiento de la otra persona a un ritmo lento, la cotidianidad de la vida en pareja o la contingencia de los vínculos¹⁰:

Creo que en una relación de pareja los dos necesitan un espacio ¿no?, una parte fuera de lo que es la propia relación de pareja (...) y sobre todo creo que es importante el cuidado en cuanto a enterarte de que tienes una persona delante y de que no puedes hacer lo

9 En este epígrafe analizamos la tensión en las disposiciones femeninas en la experiencia amorosa. Sin embargo, en el conjunto del artículo nos referimos a “disposiciones de género” porque con ello queremos aludir asimismo al choque ya mencionado entre las disposiciones relacional femenina y autónoma masculina.

10 Los fragmentos de entrevistas utilizados en este epígrafe corresponden a las mismas mujeres que, como analizamos en el apartado anterior, relatan experiencias de abnegación y de «aguante» de la insatisfacción en vínculos pasados o presentes. Es importante tener esto en cuenta ya que aquí pretendemos señalar ciertas ambivalencias en los discursos y no generar clasificaciones entre diferentes feminidades.

que te dé la gana (...) Y creo que en el amor hay algo de ir conociendo a la otra persona y de que te vayan gustando sus valores. (Mujer, 30 años, trayectoria 2).

Más que apelar a la intensidad, la primacía de los aspectos pasionales o el gran relato de un amor único y estructurante de la biografía, las mujeres tienden a poner en valor aspectos cotidianos de la relación afectiva y a reivindicar un modelo de pareja asociativo basado en el compañerismo. En los discursos de estas mujeres, lo romántico se identifica frecuentemente con un exceso de idealización que lleva a creer en la armonía espontánea de las relaciones de pareja y en la omnipotencia del amor como proyecto biográfico frente a los obstáculos, aspectos que se rechazan por estereotipados y por considerarse producto de la ingenuidad:

Yo lo digo con mis amigos de broma, que como de pequeños nos ponen los cuentos, las películas de Disney, que todo es maravilloso y el amor es estupendo, pues que era una mentira total y absoluta, no tiene nada que ver con lo que nos han enseñado de pequeños, que es mucho más difícil. (Mujer, 26 años, trayectoria 3).

A pesar del rechazo a las idealizaciones y a pesar de la valoración explícita de un modelo de amor más cercano al compañerismo que a la fusión romántica, si recapitulamos las explicaciones analizadas en el epígrafe anterior encontramos el ideal de un amor que supera obstáculos —materializados principalmente en las reticencias desde la posición masculina—, marcado por la idealización de un otro que completa las propias carencias, representado como promesa de salvación, centro biográfico y fuente de identidad y estatus, y acompañado por la representación de una heroína femenina vencedora. Todos estos rasgos remiten a la narrativa romántica, al modelo amoroso más idealizado o lo que Swidler (2001: 116) conceptualiza como visión “mítico-idealista” del amor.

Esta suerte de contradicción entre lo que se defiende discursivamente y lo que se encarna y lleva a la práctica se explica por el hecho de que la relación de los agentes con los repertorios culturales que enmarcan la vivencia del amor no pasa exclusivamente por el plano cognitivo, sino que se experimenta

desde lo emocional, desde los anhelos, los miedos y los deseos. Pues bien, parece que ciertas asunciones románticas o idealizadoras, sin ser reconocidas como deseables, forman parte de las tendencias femeninas prácticas y emocionales en el ámbito de la relación de pareja heterosexual. Esto apunta a que, en la reflexión sobre los modelos amorosos vigentes en las sociedades contemporáneas, debemos evitar caer en la tentación de pensar en códigos culturales pertenecientes a un plano simbólico separado de lo material, y atender más bien a los modos en que se despliegan las relaciones y las disposiciones encarnadas que actualizan tales modelos.

Por otra parte, la propensión de las mujeres a priorizar el mantenimiento de sus vínculos amorosos pese al malestar choca también con ciertos discursos explícitos sobre sí mismas y sobre su relación con la experiencia amorosa. La mayor parte de las mujeres entrevistadas están implicadas en generar una imagen de sí mismas como mujeres independientes para las que los vínculos amorosos no son vividos como una necesidad o una prioridad absoluta¹¹. Con distintos matices, este tipo de discursos se encuentra tanto entre las mujeres universitarias de clase media como entre las de clases populares. Entre las primeras, se hacen con frecuencia explícitos en torno a la prioridad de la carrera profesional en las expectativas:

Cuando he tenido algo de trabajo de irme a otro sitio a estudiar o de tal cual, nunca he pensado que a la otra persona que se queda le puede... Yo hoy por hoy, que estoy conociendo a alguien, me ofrecen la oportunidad de irme a trabajar a Estados Unidos un año, pues me iría. Otros sacrificios pues igual sí que los haces, pero por ejemplo en el trabajo no. (Mujer, 29 años, trayectoria 2).

11 Utilizamos el término de «implicación», en lo que se refiere a la interacción de los sujetos durante la entrevista, a partir de la interpretación que hace Martín Criado (1998a) del concepto de «involvement», que para Goffman (1974: 346) es «un proceso psicobiológico por el que el sujeto se vuelve, al menos en parte, no consciente de la dirección de sus emociones y su atención cognitiva». Esta implicación no supone, por lo tanto, un cálculo racional sobre lo que hay o no hay que decir, sino un tipo de negociación identitaria más bien espontánea y que remite a aspectos incorporados de la imagen de sí que uno se presupone y pretende proyectar.

Entre las mujeres de clases populares, la reivindicación de la propia autonomía no pasa tanto por la defensa de la “carrera profesional”, ya que este es un campo en el que obtienen menor valor y reconocimiento social. Sin embargo, entre ellas también encontramos esta reivindicación de independencia y una defensa de actuar siguiendo el propio criterio sin necesidad de mantener situaciones insatisfactorias:

Antiguamente las mujeres aguantaban carros y carretas y no creo que estuvieran enamoradas. Era por la sociedad que había y con que no podían valerse por sí mismas, no podían ni ir a sacar dinero al banco, pues tú imagínate. Y hoy en día pues la gente aguanta lo que aguanta. Cómo decirlo, si no estás a gusto o crees que el amor se te ha acabado pues te vas con otro. Eso es lo que hay. Y no lo veo mal. (Mujer, 29 años, trayectoria 4).

Evidentemente, la gran mayoría de mujeres jóvenes no se identifican ni se reconocen en un modelo de pareja basado en un vínculo desigual —sea en los arreglos prácticos o en los emocionales—, ni en un modelo de feminidad que priorice las relaciones o el cuidado de la pareja sobre el bienestar propio. Muy al contrario, en su “presentación del yo” durante la entrevista, queda patente la disputa a las imágenes tradicionales de la feminidad y el apego a cierta visión de mujer “moderna” que se diferencia de las mujeres de generaciones anteriores en su mayor grado de libertad y autonomía. Paradójicamente, hemos visto que en algunos casos esa identificación con una imagen de mujer independiente conlleva la inhibición de la expresión de las propias insatisfacciones y necesidades bajo la amenaza de presentarse ante el otro como una “pesada” o “necesitada”. Pero además, las tendencias que venimos analizando en la vivencia del aguante de la insatisfacción ponen de manifiesto que, junto a ese apego al ideal de independencia, existe otro, que pasa por lo pre-reflexivo e inercial y que se corresponde con ciertas actitudes de abnegación y de priorización de los vínculos. Esto pone de manifiesto que los cambios en las identidades femeninas son más complejos y discontinuos de lo que la idea de la reflexividad (Giddens, 2000) implica (McNay, 1999).

El deseo de igualdad y autonomía no conlleva necesariamente la suspensión de determinadas actitudes arraigadas que remiten a modelos más tradicionales. Esto es así porque las identidades se construyen también a través de aspectos incorporados, encarnados, que de alguna manera conforman disposiciones o “habitus” de género, que proporcionando conocimiento sobre el mundo no implican necesariamente conocimiento sobre las dinámicas estructurales que los propician, y limitan por lo tanto su auto-modelación reflexiva.

Pues bien, los relatos de las entrevistadas sobre su trayectoria y vivencias amorosas parecen poner de manifiesto cierta tensión en estas disposiciones entre un modelo de feminidad relacional, abnegado y que coloca sus vínculos afectivos en el centro de la experiencia y otro más tendente a valorar cierta autonomía e independencia. De ahí que en sus discursos e interpretaciones encontremos dos polos: el que coloca las relaciones en el centro, y el que niega esta centralidad de lo afectivo en la propia biografía. Esto no significa, sin embargo, que uno de ellos sea el “verdadero”, o se refiera a una especie de ser “auténtico” deliberadamente escondido con mentiras o con una imagen distorsionada de los propios deseos o intenciones (Martín Criado, 2014). Más bien remite a la coexistencia de ambas tendencias en las disposiciones de las mujeres jóvenes, a una tensión que encontrará diferentes ajustes en distintos contextos.

Por otra parte, este análisis no pretende negar que existan otros modos de poner en práctica la feminidad. De hecho, entre las entrevistadas encontramos también mujeres cuyas prácticas son más coherentes con el ideal de autonomía que aparece mayoritariamente en los discursos y que en diferentes situaciones de su vida han priorizado otras elecciones sobre la pareja. Además, existen situaciones en las que la reflexividad emocional ha generado mayores efectos, propiciando resistencias a la dominación. Por ejemplo, en algunos casos encontramos una reconfiguración del propio deseo hacia masculinidades más tendentes al cuidado y a la implicación emocional igualitaria.

Del mismo modo, y tal como señala Connell (1987), el hecho de que exista un ideal social de masculinidad hegemónica no significa que no exista una gran pluralidad de masculinidades. Las masculinidades y

feminidades no han de ser entendidas como estados o productos, sino como procesos en construcción y sometidos a contradicciones (Connell y Messerschmidt, 2005). También entre nuestros entrevistados varones hemos encontrado referencias a la dependencia y vulnerabilidad emocional, que en ocasiones se viven con tensión. En este trabajo, sin embargo, nos hemos centrado en situaciones de interacción y discursos concretos en torno a ellas que, por su modo de reproducir desigualdades de género, merecen de investigación empírica en profundidad.

CONCLUSIONES

Este trabajo ha puesto de manifiesto las desigualdades concretas que se producen en las negociaciones en torno al reconocimiento, muy a menudo, en las fases iniciales de las relaciones afectivas. Además, el análisis de las experiencias de las mujeres nos ha permitido arrojar luz sobre la subjetividad relacional en las disposiciones femeninas, aclarando además ciertos matices que tienen que ver con posiciones de clase e identificando los componentes sociológicos de la idealización amorosa. Este trabajo permite además profundizar en la tensión con la que se experimentan los afectos amorosos desde una determinada feminidad, aclarando qué aspectos presentan contradicciones en lo que se refiere no sólo a los discursos sobre el amor, sino también, en la propia imagen que las mujeres construyen sobre sí mismas.

Por un lado, hemos descrito una posición masculina que tiende a ejercer poder en las relaciones a través del establecimiento tácito de límites y demarcaciones en las mismas¹². Por otro lado, encon-

tramos cierto acercamiento de la posición femenina a lo que Hochschild (2008: 42) denomina “las reglas masculinas en el amor”, sin embargo, este acercamiento no se produce en términos simétricos. Si bien frecuentemente se aceptan los límites o las reglas del juego, las expectativas acerca del mismo tienden a diferir. De hecho, tal como hemos analizado, es significativo el “empeño” de las mujeres por obtener un reconocimiento que se les resiste, o que se les otorga sólo parcialmente, o de forma intermitente. Precisamente, otros autores han identificado en esta dependencia del reconocimiento uno de los motivos centrales del aguante de situaciones de violencia (García García y Casado Aparicio, 2008).

Lo que nuestro análisis ha puesto de manifiesto es que este juego de dominación y aguante no se produce exclusivamente en relaciones con un ingrediente de violencia explícita, sino que está presente de forma significativa en contextos de pareja muy diversos. Con el objetivo de comprender estas interacciones hemos analizado las lógicas del aguante que se desprenden de los relatos de las mujeres entrevistadas y hemos argumentado a través de ello acerca de ciertas tendencias en los modos en que se vive y se construye el género en la experiencia amorosa. Se ha analizado cómo en la vivencia de la insatisfacción emocional se pone de manifiesto la abnegación y la centralidad biográfica y subjetiva de los vínculos amorosos, que conviven sin embargo con deseos de igualdad y reivindicaciones de autonomía. El mantenimiento de situaciones de insatisfacción emocional por parte de las mujeres no implica la suspensión de su agencia, sino que se acompaña frecuentemente de cierto reconocimiento sobre su traición al ideal igualitario, materializado en justificaciones (“creo que te puedes estar haciendo una idea equivocada de él”) y conflictos. Conflictos que pueden manifestarse hacia el exterior, en la expresión del enfado o las necesidades, (“en el momento que yo planteaba que no me parecía justo, él decía que no podía ser”), o hacia el interior, con vergüenzas y auto-reproches (“seguía con él porque era gilipollas. Porque si no, no tiene otro sentido”).

orden social que lo legitime, pero se manifiesta en interacciones desiguales como las que se han analizado.

12 Si atendemos al argumento de García (2010) según el cual las transformaciones en las masculinidades contemporáneas tienen que ver con el paso de la autoridad patriarcal —uno de cuyos pilares es el matrimonio tradicional basado en la subordinación femenina— a cierto «vacío» provocado por la erosión de tal autoridad, podemos argumentar que los varones están encontrando en la pareja nuevas formas de ejercer el poder afianzando su posición de fortaleza a través de prácticas que, sin embargo, no están dirigidas por un actor racional, sino por un actor con disposiciones encarnadas. Ese poder ya no está tan garantizado por un

Todas estas dinámicas nos ha permitido argumentar sobre ciertas tensiones en los *habitus* femeninos en el amor, que muestran cómo la actualización y reconfiguración de las disposiciones de género en sociedades contemporáneas donde los modelos desiguales tradicionales están en disputa no constituyen un proceso lineal, sino que están marcadas por contradicciones y tendencias contrapuestas. Con diferentes matices, estas tensiones sobre las que hemos argumentado se encuentran presentes de forma transversal a las posiciones de clase tomadas en consideración. Hemos apuntado que la vulnerabilidad propia de la precariedad económica puede retroalimentar la vulnerabilidad amorosa femenina, y también que las mujeres de clases populares reivindican el ideal de autonomía al igual que sus coetáneas universitarias, aunque sin recurrir, como hacen las primeras, a la centralidad de la carrera profesional. Sin embargo, tanto la relación más específica de estas disposiciones en conflicto con las diferentes posiciones sociales, como los distintos ajustes que tales tensiones encuentran en contextos concretos merecen mayor cantidad de investigación empírica.

Por otra parte, en nuestro análisis no encontramos diferencias significativas entre los diferentes subgrupos de edad en los que podría dividirse la muestra, más allá de una identificación de la pareja con la vida adulta más presente entre las más jóvenes. Sería interesante el análisis de los cambios que se producen a lo largo de la trayectoria biográfica en esta tensión en las disposiciones a través de estudios cualitativos longitudinales.

AGRADECIMIENTOS Y FINANCIACIÓN

Este trabajo se ha elaborado en base a una parte de las conclusiones de mi tesis doctoral, titulada "Amor, género y clase social. La experiencia de los adultos jóvenes en la ciudad de Madrid". Dicha investigación fue desarrollada en el Departamento de Sociología I de la Universidad Complutense de Madrid y financiada gracias al programa de Formación del Profesorado Universitario del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

BIBLIOGRAFÍA

- Casado, E. (2014). Tramas de género en la comunicación móvil en pareja. En E. Casado y A. Lasén (eds.). *Meditaciones tecnológicas: Cuerpos, afectos, subjetividades*. Madrid: CIS.
- Connell, R. (1987). *Gender and power. Society, the person and sexual politics*. Stanford: Stanford University Press.
- Connell, R. W. y Messerschmidt, J. W., (2005). Hegemonic Masculinity: Rethinking the concept. *Gender & Society* 19 (6), 829-859.
- Baker Miller, J. (1992). *Hacia una nueva psicología de la mujer*. Barcelona: Paidós.
- Bawin-Legros, B. (2004). Intimacy and the new sentimental order. *Current Sociology*, 52 (2), 241-250.
- Beck, U., Beck-Gernsheim, E. (1998). *El normal caos del amor*. Barcelona: El Roure.
- Bonino, L. (1996). *Micromachismos. La violencia invisible en la pareja*. Madrid: Generalitat Valenciana, Dirección General de la Mujer.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2007). "Comprender". En Bourdieu, Pierre (coord.). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Duncombe, J., Marsden, D. (1993). Love and Intimacy: The gender division of emotion and emotion work. A neglected aspect of sociological discussion of heterosexual relationships. *Sociology*, 27 (2), 221-241.
- Eldén, S. (2012). Scripts for the good couple: Individualization and the reproduction of gender inequality. *Acta Sociológica*, 55 (1), 3-18.
- Esteban, M. L., Távora, A. (2008). El amor romántico y la subordinación social de las mujeres. Revisiones y propuestas. *Anuario de Psicología*, 39 (1), 59-73.
- Esteban, M. L., Medina, R., Távora, A. (2006). ¿Por qué analizar el amor? Nuevas posibilidades para el estudio de las desigualdades de género. En *Cambios culturales y desigualdades de género en el marco local-global actual. X Congreso de Antropología* (pp. 207-223). Sevilla: FAAEE-Fundación El Monte ASANA.
- EUROSTAT. (2010). *Household Structure in the UE. 2010 Edition*. Luxemburgo: Publications Office of the

- European Union. Recuperado de <http://ec.europa.eu/eurostat/documents/3888793/5848337/KS-RA-10-024-EN.PDF>.
- García García, A., Casado Aparicio, E. (2008). Peleando por reconocerse. Herramientas para el análisis de la violencia de género. En E. Imaz (ed.), *La materialidad de la identidad* (pp. 181-198). Donostia: Hariadna Editoriala.
- García García, A. (2010). Exponiendo hombría. Los circuitos de la hipermasculinidad en la configuración de prácticas sexistas entre varones jóvenes. *Revista de Estudios de la Juventud*, 89, 59-78.
- García Selgas, F., Casado Aparicio, E. (2010). *Violencia en la pareja: género y vínculo*. Madrid: Talasa.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid: Cátedra.
- Giddens, A. (2000). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Goffman, E. (1974). *Frame Analysis. An essay on the organization of experience*. Nueva York: Harper & Row.
- Goffman, E. (1977). The Arrangement between the Sexes. *Theory and Society*, 4 (3), 301-331.
- Goffman, E. (1991). El orden de la interacción. En Y. Winkin (ed.), *Los momentos y sus hombres* (pp. 169-205). Barcelona: Paidós.
- Gross, Neil (2005). The detraditionalization of intimacy reconsidered. *Sociological Theory*, 23 (3), 286-311.
- Hernando, A. (2012). *La fantasía de la individualidad. Sobre la construcción sociohistórica del sujeto moderno*. Madrid: Katz.
- Hochschild, A. R. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Katz.
- Illouz, E. (2012). *Por qué duele el amor. Una explicación sociológica*. Madrid: Katz.
- INE. (2013). *Indicadores Demográficos Básicos*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- INJUVE. (2009) *Informe Juventud en España 2008*. Madrid: Ministerio de Igualdad.
- INJUVE. (2013). *Informe Juventud en España 2012*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- INJUVE. (2017) *Informe Juventud en España 2016*. Madrid: Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.
- Izquierdo, M. J. (2008). Lo que cuesta ser hombre. Costes y beneficios de la masculinidad. En *Congreso Internacional Sare 2007: Masculinidad y vida cotidiana* (pp. 17-50). Vitoria-Gasteiz: Emakunde, Instituto Vasco de la Mujer.
- Jackson, S. (1993). Even sociologists fall in love: An exploration in the sociology of the emotions. *Sociology*, 27 (2), 201-220.
- Jamieson, L. (1999). Intimacy transformed? A critical look at the pure relationship. *Sociology*, 33 (3), 477-494.
- Lasén, A., Casado, E. (2012). Mobile telephony and the remediation of couple intimacy. *Feminist Media Studies*, 12 (4), 550-559.
- Lutz, C. (1998). *Unnatural emotions: everyday sentiments on a Micronesian atoll and their challenge to Western Theory*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Martín Criado, E. (1998a). Los decires y los haceres. *Papers*, 56, 57-71.
- Martín Criado, E. (1998b). *Producir la juventud: crítica de la sociología de la juventud*. Madrid: Istmo.
- Martín Criado, E. (2014). Mentiras, inconsistencias y ambivalencias. Teoría de la acción y análisis del discurso. *Revista Internacional de Sociología*, 72 (1), 115-138.
- Martuccelli, D. (2010). La individuación como macrosociología de la sociedad singularista. *Persona y Sociedad*, 24 (3), 9-29.
- McNay, L. (1999). Gender, Habitus and the Field: Pierre Bourdieu and the limits of reflexivity. *Theory, Culture & Society*, 16 (1), 95-117.
- Swidler, A. (2001). *Talk of love. How culture matters*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Weber, M. (1972). *Ensayos de sociología contemporánea*. Barcelona: Martínez Roca.